

CÍRCULO DEL CRIMEN

EL MONTACARGAS

FREDÉRIC DARD



Problemas es lo último que Albert Herbin necesita. Acaba de salir de la cárcel y la soledad y el recuerdo de su madre recién fallecida hacen que la casa le resulte insoportable la víspera de Navidad.

Por eso, el encuentro en una brasserie parisina con una atractiva mujer en esa desolada noche parece un regalo del destino; por eso, y a pesar de que algo en la señora Dravet le mantiene alerta ¿qué son esas dos pequeñas manchas en su manga?, cuando ella lo invita a subir a su apartamento, Albert quiere creer que definitivamente la vida empieza a sonreírle. Cuán equivocado estaba lo adivinará enseguida, apenas se abra la puerta del montacargas...

1

EL ENCUENTRO

¿Hasta qué edad un hombre se siente huérfano cuando pierde a su madre?

Al volver a entrar, después de seis años de ausencia, en el apartamento en el que mi madre había muerto, me ha parecido que me pasaban alrededor del pecho un inmenso nudo corredizo y que lo apretaban sin piedad.

Me he sentado en el viejo sillón, que ella escogía siempre para acomodarse, cerca de la ventana, y he sentido a mi alrededor ese silencio, ese olor y esos viejos objetos que me observaban. Percibía la existencia de aquel silencio y de aquellos olores con más fuerza que el papel amarillento que cubría las paredes.

Mi madre había muerto cuatro años antes, y yo me enteré de su funeral al mismo tiempo que de su muerte. Durante esos cuatro años había pensado mucho en ella, pero la había llorado con mesura. Y he aquí que, de repente, al franquear la puerta de nuestra vivienda, comprendía su muerte. Me llegaba con toda su fuerza.

Fuera era Navidad.

Hasta que volví a encontrarme con París con sus bulevares llenos de gente, con las tiendas decoradas e iluminadas, los conejitos electrificados de los carruseles, no me había dado cuenta.

¡Navidad!

Había sido un estúpido volviendo a nuestro hogar en un día semejante.

En su habitación flotaba un olor que yo no podía reconocer: era el olor de su muerte. La cama estaba completamente deshecha y el colchón, que estaba enrollado, había sido envuelto en una tela vieja. Los que se habían encargado de ella, se habían olvidado de quitar el vaso de agua bendita y el ramito de boj.

Estos tristes accesorios estaban sobre el mármol de la cómoda, junto a un crucifijo de madera negra. Ya no quedaba agua en el vaso y las hojas de boj estaban amarillentas.

Cuando cogí el ramo, se le cayeron las hojas, como si fueran pequeñas pastillas de oro sobre la alfombra de la habitación.

En la pared había una fotografía mía, en un viejo marco con molduras recargadas que había contenido las decoraciones de mi padre. La copia tenía unos diez años de antigüedad pero, no obstante, no me favorecía; parecía un joven enfermizo e inhibido, con las mejillas hundidas, la mirada oblicua, y con un gesto indefinible como solamente suelen tenerlo los muy malvados o los muy desgraciados.

Hacían falta los ojos de una madre para perdonar que aquella imagen fuera tan decepcionante y para encontrarla bella.

Yo me prefería ahora, en el momento actual. La vida me había fortalecido y ahora tenía la mirada audaz y los rasgos templados.

Sólo me quedaba visitar mi habitación.

Nada había cambiado. Tenía la cama hecha. Los libros que amaba estaban apilados sobre la chimenea, y detrás de la llave del armario, seguía estando el hombrecillo que me había entretenido en esculpir antaño en un trozo de madera de avellano.

Me tiré boca arriba en la cama. Reconocí el contacto áspero de la colcha, y el olor del buen paño de colores indelebles. Cerré los ojos y llamé, como lo hacía antaño por las mañanas, cuando reclamaba el desayuno.

—¡Mamá! ¡Venga!

Hay personas que rezan de otra manera, con frases organizadas. Yo sólo sabía decir aquello, aquella llamada tan simple, pronunciada en tono cotidiano. Durante un breve lapso de tiempo, debido a la tensión que me oprimía y al fervor que puse en ella, estuve esperando recibir una respuesta del pasado. Creo que hubiera dado, sin dudarlo, lo que me quedaba de vida por percibir, aunque sólo hubiera sido por un espacio tan breve como el de un rayo, la presencia de mi madre detrás de la puerta. Sí, nada me hubiera importado si hubiera podido oírla preguntarme con su voz, siempre ligeramente angustiada cuando se dirigía a mí:

—¿Ya estás despierto, pequeño?

Claro que estaba despierto.

Y pasaría toda una vida hasta que volviera a dormirme.

Mi llamada se ha extinguido en el silencio del apartamento, ha vibrado y se ha prolongado lo suficiente para que me diera tiempo de sentir toda la tristeza que encerraba.

No podía pasar toda la velada aquí, era imposible. Necesitaba sumergirme en el ruido, en la luz, en el alcohol. ¡Necesitaba vivir!

En el armario encontré el abrigo de falso pelo de camello, debidamente protegido con naftalina por mamá. Hubo un tiempo en que me estaba demasiado grande, pero ahora me apretaba en la espalda.

Al ponérmelo, contemplé la ropa que tenía cuidadosamente guardada en fundas. ¡Cuánta ropa que ya no me valía! Me hablaba de mi pasado con más elocuencia que mis propios recuerdos.

Solamente ella podría decir con precisión lo que yo había sido.

Salí, o mejor dicho, hui.

La portera estaba barriendo la escalera, refunfuñando. Seguía siendo la misma vieja. Cuando yo era aún un niño, ya tenía aquel aire cansado de los que están en las últimas. Entonces me parecía terriblemente vieja, incluso más vieja que ahora. Me miró sin reconocermme. Había perdido vista y yo había cambiado.

Una especie de lluvia algo grasienta caía con intermitencia y la acera reluciente multiplicaba las luces. Las estrechas calles de Lavallois estaban rebosantes de gente alegre. Salían del trabajo cargados de paquetes para las fiestas y se apresuraban hacia los pescaderos al aire libre que arropados en gruesos jerseys de marinos abrían las canastas de ostras, bajo guirnaldas de bombillas multicolores.

Las charcuterías y las pastelerías estaban abarrotadas. Un vendedor de periódicos iba haciendo eses de una acera a otra anunciando noticias de las que todo el mundo se burlaba locamente.

Yo caminaba sin rumbo, arrastrando al azar aquel desconsuelo que me atenazaba. Me detuve delante del estrecho escaparate de una papelería-librería-bazar. Era una de esas tiendas de barrio, donde venden un poco de todo, misales en la temporada de las primeras comuniones, petardos para el 14 de julio, artículos escolares a principio de curso, y adornos para el nacimiento en diciembre. Estas tiendas, eran toda mi juventud, y las amaba aún más ahora que estaban a punto de desaparecer.

¿Por qué experimenté tan intensamente aquel deseo de entrar y comprar cualquier cosa? ¿Sólo para sentir el placer de volver a percibir el olor y volver a encontrar sensaciones perdidas?

Había cuatro o cinco clientes apretujados en el estrecho local. La tendera tenía el aspecto de una vieja viuda. De las que llevan luto eterno.

Me alegré de que hubiera gente. Aquello me permitiría quedarme rezagado en la tienda, examinando las maravillas que tenían a precio de ganga y apartar de mi mente ciertos recuerdos de mi infancia, que aquel día, me resultaban especialmente necesarios.

El lugar parecía una gruta maravillosa en la que se habían acumulado tesoros centelleantes. Los objetos para el árbol se amontonaban en las estanterías: pájaros de cristal, papás Noel de papel, canastos llenos de frutas de algodón pintados, y todas esas bolas frágiles, como pompas de jabón, que contribuían a convertir un pino en un cuento de hadas.

Me había tocado la vez. La gente esperaba detrás de mí.

—El señor, ¿qué desea?

Extendí el brazo hacia una pequeña jaula de cartón con purpurina plateada. En el interior había un pájaro exótico de terciopelo azul y amarillo que se balanceaba sobre un columpio dorado.

—Eso —balbuceé.

—¿Algo más?

—Nada más.

La tendera metió la jaula en una cajita de cartón y la ató.

—¡Tres veinte!

Al salir de allí, me sentí mejor. No llegaba a comprender exactamente por qué el hecho de comprar aquel artículo de Navidad, que no me hacía ninguna falta, me había hecho reconciliarme con el pasado.

Era un misterio.

Entré en un bar para tomarme un aperitivo. Estaba lleno de hombres nerviosos que hablaban de lo que iban

a hacer aquella noche. La mayoría de ellos llevaban paquetes bajo el brazo o en los bolsillos.

Estuve tentado de tomar el autobús para irme a dar una vuelta por los bulevares.

Sin embargo pensé que prefería quedarme en mi feudo. La gente era más modesta, pero más ruidosa y también más acogedora. A cada paso me cruzaba con gente «que me evocaba algo», pero nadie me reconocía.

En un cruce alguien gritó con todas sus fuerzas: «¡Albert!». Me volví en redondo. No era a mí a quien llamaba, sino a un muchacho lleno de granos que llevaba una chaquetilla de pastelero de cuadritos, y que se movía sobre un motocarro.

Mi viejo barrio, con su olor a hollín mojado y a aceite. ¡Con sus adoquines mal ajustados! Sus fachadas desagradables, sus bares, sus perros vagabundos que los perreros habían renunciado a recoger.

Caminé durante más de una hora bajo una lluvia viscosa, tragándome mil pequeñas emociones embriagadoras y agrisadas que me transportaban a quince años atrás. En esa época cursaba la enseñanza primaria y las fiestas de Navidad aún estaban llenas de magia para mí.

Sobre las ocho me metí en un gran restaurante del centro. Más bien era una cervecería tradicional, con sus espejos, sus artesonados, sus bolas para las servilletas, sus enormes taburetes con plantas trepadoras, un mostrador y camareros con pantalones negros y chaquetillas blancas.

Los cristales de las ventanas tenían visillos de rejilla; en el verano, se sacaban las plantas verdes a la acera. El establecimiento tenía fama de ser como «un local famoso» de provincias. Famoso lo era de sobra. Durante toda mi infancia, cuando arrugaba la nariz ante la comida de mi madre, ésta suspiraba y me decía: «¡Vete a comer a Chiclet!».

Y en efecto, yo soñaba con ir a comer allí algún día. Me parecía que sólo la gente muy rica y muy importante podía permitirse ese lujo. Todas las tardes, al volver del estu-

dio, me paraba delante de los enormes escaparates del restaurante y contemplaba, a través del vaho, a la gente opulenta que allí se reunía.

Entre las horas de las comidas, señores importantes iban allí a jugar al *bridge*. Cuando se acercaba la hora de la comida, las mesas de juego iban desapareciendo unas detrás de otras, como si hubieran naufragado. Sólo quedaba un reducto de viciosos, al fondo del local, alrededor de los cuales los camareros giraban nerviosos.

Había entrado allí, por primera vez.

Antes de mi partida, aunque ya tenía la edad y los medios para frecuentar esta casa, jamás me había atrevido a traspasar la puerta.

Pero esa tarde me atreví. Más aún, entré en Chiclet con un paso indolente. Acostumbrado.

Durante mi larga ausencia había decidido fervientemente que iría y había repetido tantas veces mi entrada y estudiado mis gestos que actué casi como por rutina.

Tuve un pequeño momento de duda, debido al olor que yo no conocía y que no había podido imaginar. No era la misma de los restaurantes corrientes. Olía a ajeno y a caracoles, y también a madera antigua.

Al fondo del salón habían puesto un abeto gigantesco, cuajado de guirnaldas eléctricas y cabellos de ángel, que daban a la vieja cervecería el aspecto de una verbena.

Los camareros se habían prendido en las chaquetillas un pedazo minúsculo de acebo, y en el bar, los propietarios (el Sr. y la Sra. Chiclet), ofrecían un aperitivo a los clientes antiguos.

Esta pareja tenía un alto concepto de su papel de anfitriones. Siempre de punta en blanco, daban la impresión de que recibían invitados.

Ella era un tanto corpulenta. Parecía, en cierto modo, una cajera de gran café, a pesar de la ropa oscura y las pesadas joyas. Él era un hombre macilento, de escaso pelo que llevaba pegado en lo alto del cráneo y con la ropa an-

ticuada. Debía ser presidente de un montón de sociedades corporativas y tenía siempre el gesto de un prelado que estuviera esperando para conceder a alguien la palabra o para ofrecérsela a él mismo.

El servicio acababa de comenzar y todavía había pocos clientes. Un camarero con los pies separados vino a hacerse cargo de mí. Me ayudó a quitarme el abrigo, lo colgó en una percha circular y me preguntó, señalándome el salón con una inclinación de cabeza.

—¿Tiene alguna preferencia?

—Cerca del abeto, si es posible...

Me hubiera gustado mucho llevar a mi madre a Chiclet. No había entrado nunca. Debía haber soñado con ello toda su vida, ¡ella también!

Me senté en el taburete frente al árbol, y pedí un menú delicado. De repente me sentía bien. Bien, como cuando uno tiene hambre y va a comer; bien, como cuando se tiene sueño y se acuesta uno. El único placer auténtico de este mundo es la satisfacción de un deseo.

Lo que yo satisfacía en aquel momento no era el apetito sino un sueño de niño.

Me puse a contar las bombillas del árbol. Me fascinaban. Cuando estaba terminando este sencillo ejercicio matemático, una vocecita murmuró muy cerca de mí:

—¡Qué bonito!

Me volví y descubrí en la mesa de al lado a una niña de tres o cuatro años, bastante fea, que también estaba contemplando el abeto.

Tenía la cabeza algo grande, un rostro corriente, el cabello castaño rojizo y la nariz como un rábano. Se parecía a como Shirley Temple había sido durante su época de niña prodigio. Sí, era exactamente eso. Una Shirley Temple, pero fea.

La niña iba acompañada de una mujer joven, que sin duda debía ser su madre. Esta última había percibido mi movimiento hacia ellas y me miraba sonriendo, como sonríen todas las madres cuando alguien mira a sus hijos. Tuve un sobresalto.

Aquella mujer se parecía a Anna. Era morena como Anna, con los mismos ojos sombríos y almendrados; el mismo tono aceitunado en la piel y aquella boca sensual y espiritual que me daba miedo. Debía tener unos veintisiete años, la edad que hubiera tenido Anna. Era muy bonita y estaba vestida con elegancia. La pequeña no tenía ni sus ojos, ni su cabello, ni su nariz, pero a pesar de eso, en cierto modo, se le parecía.

—¡Tómate el pescado, Lucianne!

La niña, dócilmente, pinchó un trocito de filete de lenguado de aquel plato, demasiado grande para ella. Se lo llevó torpemente a la boca, sin dejar de mirar el árbol.

—¿Verdad que es muy grande?

—Sí, querida.

—¿Ha crecido aquí?

Me eché a reír. La mujer me miró de nuevo, contenta al ver mi reacción. Me sostuvo la mirada durante algunos segundos, antes de bajar lentamente la cabeza, como si yo la turbara. Me miré de reojo en el gran espejo que tenía en frente. No estaba mal, era del tipo «marcado por la vida». A los treinta años, las arrugas tenían un encanto. Yo tenía unas cuantas en las comisuras de los ojos, y una o dos, muy marcadas, en la frente.

Era extraño que aquella joven y su niña estuvieran en este restaurante la noche de Navidad. El ver a aquellos dos seres me encogía el corazón. Me parecía que su soledad de dos era más patética que la mía, que era, en resumen, una soledad verdadera, una soledad fácil.

La paz que me había invadido desde que entre en Chiclet se empañó bruscamente. Durante toda mi vida había padecido estas caídas de tensión. Nunca estaba seguro

de lo que pasaría a continuación. Siempre sentía en mí una inquietud incesante que continuamente estaba al acecho. Yo ocultaba mi angustia desde que era pequeño. Una angustia dolorosa a la que había llegado a acostumbrarme durante aquellos últimos años.

Me comí las ostras y después el faisán con patatas fritas y me bebí una botella de vino rosado. De vez en cuando me aprovechaba de lo que la niña decía para mirar a la madre y siempre notaba el mismo sobresalto al comprobar su parecido con Ana. Nuestro ejercicio se prolongó durante toda la cena. Digo ejercicio porque ella, por así decirlo, había entrado en el juego. Cuando yo volvía la cabeza hacia ella, ella volvía la suya hacia mí. Y con una regularidad desconcertante, su rostro expresa a ratos –interés, tristeza y– pudor.

Terminamos de comer casi al mismo tiempo. La lentitud de la pequeña, había compensado mi retraso. La mujer pidió un café y la cuenta. Yo hice otro tanto.

Ahora el restaurante estaba hasta arriba. Los camareros corrían. Se oía cómo daban las órdenes gritando en el «office», como si fuera la sala de máquinas de un barco. Las conversaciones subían de tono. Parecía como si estuviéramos en el vestíbulo de una estación. El tintineo de los tenedores y de los vasos, las pequeñas explosiones de los tapones al ser descorchadas las botellas, componían una música alegre que era como un himno a un goce grosero, que, ahora, que yo había terminado de cenar, me repugnaba confusamente.

Los clientes esperaban en el mostrador a que quedaran mesas disponibles, mirando ostensiblemente al comedor. No tuvimos que esperar la cuenta mucho rato. Cuando nos trajeron el cambio los camareros ya tenían preparada nuestra ropa, y los que estaban hambrientos rodeaban ya nuestras mesas.

La joven abrochó el abrigo con cuello de terciopelo de la pequeña antes de ponerse el abrigo de astrakán que el

camarero tenía extendido frente a sí, y que le daba el aspecto de un murciélago monstruoso.

Nos volvimos a encontrar en la puerta. Sujeté el batiente abierto para que pasara. Me dio las gracias y yo recibí su mirada patética a quemarropa. Era una mirada indefinible que hubiera podido contemplar durante horas, sin moverme, sin hablar, e incluso tal vez sin pensar.

Ellas salieron. La pequeña susurraba cosas que yo no entendía, y que su madre no parecía escuchar.

Había dejado de llover y volvía a hacer frío. Un frío extraño de un invierno demasiado suave. Decididamente, no nevaría. Había pocos coches. Pasaban levantando el barro líquido. Algunas tiendas estaban empezando a cerrar. Yo me quedé delante del restaurante sin saber qué iba a hacer. Aún sentía dentro de mí la mirada de ella; tardaba en desvanecerse.

Ella se volvió dos veces mientras que se alejaba. Su gesto no tenía nada de provocador.

Tampoco era asustadizo. Era simplemente un vistazo breve hacia atrás, muy instintivo, que yo podía percibir. Quería asegurarse de si yo iba a seguirla. No lo dudaba, ni tampoco lo esperaba.

Tomé la misma dirección, pero repito, yo no la seguía. Si llevaba el mismo camino era porque conducía a mi apartamento.

Recorrimos unos cuantos centenares de metros bastante distanciados uno del otro. Después, en un cruce las perdí de vista. Era lógico.

Noté como un pellizco desagradable en el pecho, pero acepté aquella separación que resultaba tan casual como nuestro encuentro. Simplemente me sentí triste, triste como cuando, seis años atrás, vi a Ana muerta. Era una tristeza incrédula. Había algo en mí que rechazaba esta separación.

Continué mi camino, siguiendo el rumbo de mi apartamento.

Al pasar delante de un cine, las vi paradas, contemplando las fotos de la película.

Era la madre la que estaba mirándolas. La pequeña sólo tenía ojos para mirar el abeto delgaducho que adornaba el vestíbulo.

Era un árbol enclenque, que había crecido en algún jardín de las afueras, y cuyas ramas estaban repletas, a modo de decoración, con fotos de artistas.

Conocía bien aquel cine. Era el Majestic. Había visto allí tantas películas del Oeste, que en aquella época hubiera podido decir el título de cada una sólo con haber oído unos metros de la banda sonora.

Entré en el vestíbulo. La mujer me vio. Podía decirse que esperaba verme aparecer. Esta vez apenas me miró, pero su rostro se quedó como vacío y adquirió una terrible palidez.

Comprendí que si la dejaba llegar a la taquilla antes que yo, no tendría el valor de seguirla. Así que le tomé la delantera. Por el cristal de la ventanilla vi cómo se aproximaba. Pagué mi entrada y me aparté. Ella estaba allí, con la niña de la mano.

—Dos entradas.

Como había hecho en el restaurante, sujeté la puerta para que pasara, y como en el restaurante ella me miró en «profundidad». Esta vez murmuró tímidamente:

—Gracias.

La sesión había empezado. Estaban poniendo un documental sobre Ucrania: una inmensa llanura cubierta de espigas se extendía infinitamente.

Una acomodadora se precipitó hacia nosotros haciendo guiños con la linterna. La mujer le tendió las dos entradas. La acomodadora que, sin duda no había visto a la pequeña creyó que íbamos juntos, nos situó uno al lado del otro en una fila bastante delantera.

Mi corazón latía a toda marcha, como el día que salí con Ana por primera vez. Me quedé inmóvil en mi butaca, con el torso erguido, los ojos fijos en la pantalla, sin ver nada de lo que pasaba, y sin oír otra cosa que los latidos desordenados de mi corazón. Notaba la cálida presencia de aquella mujer y estaba trastornado. El perfume de su abrigo me alteraba.

La niña le hacía preguntas en voz alta y la madre se inclinaba constantemente hacia ella murmurando.

–Cállate Lucianne. ¡No se puede hablar!

Al final la niña acabó por callarse. Además el documental se terminó y se encendieron nuevamente las luces.

Volví a encontrarme con un querido y antiguo cine. No lo habían restaurado. Seguía teniendo aquel horrible color de posos de vino, sus tapices de felpa carmesí, sus butacas crujientes y las plantas de cartón pintadas de verde, al pie de la pantalla.

Pasó una acomodadora con su cestillo de golosinas, voceándolas con una voz gangosa e indiferente.

–¡Quiero caramelos! –pidió la pequeña.

Era la ocasión propicia, una entrada en materia sin originalidad, pero ideal. Yo estaba entre la acomodadora y mi vecina. Podía comprar un paquete de caramelos y dárselo a la niña murmurando un «Permítame usted, señora», irreprochable.

En lugar de eso, continué crispado, ceñudo. Ni siquiera hice un gesto que me relajara cuando la acomodadora ofreció el paquete de caramelos.

El descanso terminó. Estaba deseando que se apagaran las luces. Deseoso de volver a encontrar esa intimidad llena de reticencia. No sabía ni cómo se llamaba la película. Era lo que menos me preocupaba.

Empezaron a desfilar letras por la pantalla, pero no me sentía con ganas de leerlas.

Volví a encontrar de nuevo el dulce bienestar que había sentido en el restaurante. Era ante todo un sentimiento